

Lector, querido hermano mío, quien quiera que tu seas, yo te amo. Lejos de querer disgustarte, ofenderte, e introducir el mal en tu vida, no deseo más que una cosa: servirte.

Yo podría, desearía probar por largos argumentos la verdad de esta tesis, refutar todas las objeciones que veo que has de formular contra ella; pero en vano escribiría lo más larga y talentosamente posible, en vano podría tener razón, desde el punto de vista lógico, si no puedo convencerte, si luchas con tu espíritu contra el mío, si tu corazón permanece frío.

He aquí de lo que tengo miedo. Temo al discutir contigo, rodearte de sombras por el orgullo y la frialdad de mi espíritu, y por lo tanto abismarte. No razonemos pues, solo te pido una cosa: No discutas, no demuestres, pero pregunta a tu corazón.

¿Quién quiera que tú seas, cualesquiera que sean tus cualidades, en cualquier condición que te encuentres, puedes tomar tranquilamente tu té, comer, ocupar de política, de bellas artes, de ciencias, de medicina, de enseñanza, cuando oyes o ves a tu puerta un hombre que tiene hambre y frío, que está extenuado y enfermo? No. Pero, dirás tú, no se hallan siempre delante de mi puerta. Sea, pero están a quince metros, a diez metros de tu casa y tú lo sabes. Así pues, es imposible vivir tranquilo; cualquiera que sea la alegría está envenenada por este recuerdo. Para no ver a esos miserables necesitas cerrarte en tu casa, o dejarles con tu frialdad, o acaso huir a un retiro donde no te arriesgues a verlos. ¿Pero están en todas partes! Aún cuando llegues a un lugar donde no los encuentres, ¿podrás escapar a tu conciencia? ¿Qué hacer entonces?

Tú lo sabes y todo el libro de Bondareff te lo indica, que es preciso descender hacia abajo, hacia el lugar que te parece lo bajo, pero es lo alto. Unete tú a los hombres que dan de comer a los que tienen hambre y visten a los que tienen frío. No temas nada. Lejos de empeorar, tu nuevo estado será en todos los respectos mejor que el precedente. Ponte al nivel de los otros; emprende, con tus manos delicadas y faltas de experiencia el trabajo indispensable para dar de comer al que tiene hambre, viste a los que tienen frío, gana tu pan, lucha contra la naturaleza y por primera vez sentirás la tierra firme bajo tus pies: experimentarás el sentimiento de la independencia, de la libertad, de la fuerza; no tendrás necesidad de huir y gozarás una alegría pura, placeres no envenenados de los que nada en el mundo te habrá dado idea. Tendrás satisfacciones desconocidas. Conocerás por vez primera a los hombres sencillos y fuertes, tus hermanos, que a pesar de la distancia que les separa de tí, te han alimentado hasta el presente.

Con gran satisfacción tuya, verás en ellos virtudes que ignorabas, comprobarás una modestia y una bondad, tan grandes con respecto a tí, que te reconocerás indigno. En vez del odio y de las burlas que esperabas, encontrarás las caricias, el reconocimiento, el respeto, porque después de haber vivido por ellos toda la vida, te